

Disciplina, profesores, padres, fracaso escolar, «bulling» y otras cuestiones

Este trabajo está dedicado a todos aquellos que tienen algo que ver con la *enseñanza*: maestras, maestros, madres, padres, profesores, alumnos...

También a los alumnos de las Facultades de Ciencias de la Educación que, dentro de muy poco, serán quienes ocupen nuestros puestos en clase y en las aulas.

A todos ellos mi reconocimiento por dedicarse a este *apasionante* mundo de la *enseñanza*.

Entre todos podremos corregir defectos, mejorar el futuro, pero debemos estar orgullosos de lo que estamos haciendo porque, en general, sin duda alguna, es mucho y mejor que lo que teníamos. Por supuesto, para poder valorar objetivamente nuestra situación actual, nunca debemos olvidar nuestro *punto de partida*...

La enseñanza siempre ha sido motivo de discusión.

Ya en su tiempo, los clásicos se quejaban del poco interés de los alumnos...

En los años de «mi Bachillerato», tiempos en los que no estudiábamos *todos*, y en los que los críos podían

«abandonar» los estudios en cualquier momento, ya que la *obligatoriedad* era muy relativa, recuerdo que nos presentamos sesenta y tres alumnos a los exámenes de cuarto curso de bachillerato, es decir, el equivalente a nuestro actual 2º de la ESO (Educación Secundaria Obligatoria).

Habíamos sido preparados por catedráticos, especialistas en cada una de las materias de estudio. Estudiábamos en un Instituto Español en el extranjero. Su prestigio era enorme. Aprobamos trece. Aquello si que se debería haber considerado un *enorme fracaso escolar*, sin embargo, todos estaban orgullosos de lo que hacían.

Todavía hay quien echa de menos aquel tipo de enseñanza. ¿No es asombroso?

A modo de prólogo

Nadie pone en duda que uno de los principales problemas de nuestra Enseñanza Pública es el de las *relaciones* entre padres, centros y alumnos, y la tan traída y llevada *convivencia*.

¿Por qué relacionarlas? Porque van íntimamente ligadas y es imposible tratar una sin que las otras aparezcan en escena.

Treinta y siete años de trabajo en la enseñanza pública y privada, de ellos, ocho como director de un centro de Primaria y Secundaria con setecientos cincuenta alumnos, no dan para dogmatizar sobre estos temas (ni lo pretendo), pero todos estos años vividos en contacto con centros de los llamados «conflictivos», sí pueden dar pié como para poder comunicar unas experiencias e intentar «orientar a quienes quieran dejarse orientar...»

Vamos a ser *claros* en todo momento, aunque en algunos casos, incluso, se puedan «herir algunas sensibilidades...»

Los padres, y cuando hablo de padres hablo, fundamentalmente, de *madres* de nuestros alumnos (puesto

que son ellas quienes nos visitan por mayoría absoluta, quedando los hombres como algo testimonial en las asambleas y reuniones, y siendo ellos quienes acuden al centro en caso de «conflicto importante»...) las madres, decía, en general, son gente joven. Personas que no hace mucho estaban en la escuela y que vivieron «una escuela pública» totalmente distinta a la que ahora tenemos.

En un tanto por ciento elevado, sus recuerdos no son muy favorables, y todas tienen in mente a aquellos maestros o maestras que hacían funcionar sus clases a base de «cientos» de copias, tirones de pelo u oreja y algún que otro coscorrón o tortazo (cuando no algún que otro guantazo en toda regla...)

Recuerdan aquellas clases en las que era imposible cualquier distracción. En las que funcionaba el «mirando a la pared», el «de rodillas» y algunos otros «inventos y originalidades educativas» más.

Ellas no quieren esa escuela para sus hijos y están, permanentemente ojo avizor ante cualquier desliz que pueda cometer alguno de los maestros o maestras que le hayan «tocado en suerte» a sus hijos.

Por otra parte, la Ley les permite su participación en los colegios y les facilita todo ese abanico de posibilidades para entrar y estar en contacto permanente con el centro y con los maestros y maestras del colegio de sus hijos.

Es lógico que se preocupen por sus hijos e hijas. Es lógico que quieran saber en «manos de quiénes» están, o van a estar.

Si todos nos preocupamos en saber e informarnos sobre el facultativo que va a atender a nuestros hijos durante una corta enfermedad, ¿cómo vamos a impedir que los padres se preocupen por saber sobre

las personas que se van a encargar de la educación de sus hijos e hijas durante toda la Primaria, es decir, durante nueve años, *clave* de sus vidas, y de cuatro más de Secundaria hasta llegar a los dieciséis años?

Ante esta realidad, los maestros y profesores se «sienten, o se creen sentir vigilados», muchas veces acosados por estos padres, y toman una actitud «a la defensiva», que no critico, y que, casi, casi, justifico.

Ellos, los maestros (intencionadamente dejen a las maestras aparte), estaban acostumbrados a «otra cosa», y esto de ahora es muy distinto a aquello.

Si se les ocurre «poner unas copias» a algún crío que no trabaja como debe, saben que, con muchas posibilidades, esas copias nunca se van a hacer.

Si se les ocurre regañar con un tono un poco más subido de lo normal, saben que, al día siguiente, van a tener allí a la madre de turno protestando por «*la forma en que le ha hablado a su hijo*».

Si (¡Dios no lo quiera!) se le va la mano y propina un simple coscorrón o un zarandeo, no digamos un cachete, a ese niño que lo está desesperando durante toda la mañana, entonces, apaga y vámonos, porque el Consejo Escolar puede estar a la vuelta de la esquina.

Los alumnos, que no tienen ni chispa de tontos, se dan cuenta rápidamente de «la jugada» y pretenden sacar tajada de este *desencuentro* entre padres y maestros.

Ya, desde el segundo ciclo de Primaria (tercero y cuarto curso) los hay que se pasan por el arco de triunfo a sus padres y a sus maestros. A los primeros, porque de ellos reciben toda su credibilidad y apoyo. A los segundos, porque saben que éstos, pueden llegar a temerles.

Ante esta «nueva escuela» que se ha organizado es necesario una serie de respuestas que garanticen un mínimo de *normalidad* en nuestros centros, respetando los derechos de cada uno de los sectores protagonistas que intervienen, pero *¿cómo hacerlo?*

He ahí la cuestión a la que vamos a intentar dar respuesta.

Tenemos a los padres por un lado, a los maestros por otro y a los alumnos en medio. Si esto no se organiza bien, se puede montar un cacao de mucho cuidado y, una vez montado, ¡a ver quién lo desmonta!

No podemos olvidar que el número de alumnos que tenemos no es el total de personas que están pendientes de nosotros, no. Tenemos detrás de cada alumno a sus padres, hermanos, abuelos y el resto de la familia.

Tranquilamente podríamos multiplicar por cinco el número de alumnos, hallando así el número aproximado de personas que están al tanto y «viven» de alguna manera la realidad de nuestros centros.

En mi opinión, y después de vivir muchas experiencias en varios colegios que, como ya he dicho, por suerte o por desgracia, en general, han sido siempre centros con un alumnado de los llamado «conflictivo», estoy dispuesto a afirmar que quienes tienen en su mano la llave para solucionar esta cuestión son, en primer lugar, los *directores* y los *claus-tros* de estos centros. En segundo lugar, el resto de los participantes en esta «función», llámese *padres* y *administración*.

No pretendo «echarme encima» a todos mis compañeros y compañeras de profesión que hayan leído estas líneas, y, les puedo asegurar que, cuando terminen de leer este trabajo, estoy plenamente conven-

cido de que habrán cambiado de opinión ante lo que he afirmado anteriormente.

Somos *nosotros*, los profesionales de la Enseñanza, quienes tenemos que organizar nuestros colegios con los instrumentos que tenemos para ello.

Como dije al principio, durante ocho años he sido director de un colegio con setecientos cincuenta alumnos de Primaria y Secundaria.

Era un Centro en el que un grupo de compañeros y compañeras, literalmente, *no podían impartir* sus clases. Había maestros y maestras que eran sistemáticamente abucheados en clase, fuera de clase y en la calle.

Algunas compañeras, salían de clase con lágrimas en los ojos de rabia e impotencia.

Un sector del profesorado era permanente criticado, denostado y, me atrevería a decir que despreciado por el resto de compañeros, (que es lo peor que puede ocurrir).

Esa realidad cambió en un curso escolar y se afirmó en los siguientes. ¿Milagro? No. Algo mucho más sencillo: *decisión y trabajo en común*.

Un nuevo equipo directivo decidió acabar con aquello, y (lo más importante) *un claustro* colaboró para que aquello cambiara.

Los padres, valoraron la nueva realidad, y se apuntaron al carro desde el primer momento.